

BOLEAS

A TRAVES DE LA MUSICA

Pasado, presente y futuro quedan, en muchas ocasiones, ligados a través de diversas manifestaciones artísticas y humanas. Digamos que el hombre desde el principio siente la necesidad de viajar en torno a sus sentimientos, para plasmarlos desde sus aptitudes y cualidades hasta la mismísima realidad.

Vivir el arte, sentirlo, amarlo, desnudarlo... todo es válido. Al abrir su puerta observamos atónitos el gran bazar de posibilidades que nos ofrece. Ya solo queda pulsar el corazón y despertar la inquietud para comenzar la obra, la creación.

En la comodidad de nuestros asientos y con la mirada fija en la ventanilla del tiempo, viajaremos a través de la música.

Observaremos como en el aire, notas, melodías, contrapuntos... nos trasladan a realidades, a sueños, a otras épocas; en definitiva viajaremos a través de la propia historia de la vida y de los sentimientos.

Escuchad la música, ella nos dice, no hace sentir, nos aconseja y nos duerme. —El poder, la gloria, la humillación, la pobreza y hasta el amor—. Todo son sensaciones que se escapan de lo matemático de lo rigurosamente impuesto... y todo— a través de las melodías, a través de la música— viaja con la libertad, en busca del auténtico interior del hombre.

Alejándonos, ya, un poco de la poesía que me ayuda a introducirme, es importante contaros que A TRAVES DE LA MUSICA, constituirá un quehacer en esta revista. Hombres, paisajes, estilos y situaciones de todo tipo, aparecerán sobre un fondo de melodías y palabras.

Angel Montealegre Comino.

Si alguna vez llegáis a ver un rebaño de terneros salvajes, desenfrenados por el capricho, o una [horda loca de potrancos bravíos en endiablados saltos, relinchando impelidos por natural color de la [sangre, hacer que llegue a sus orejas un toque de trompa o de otro instrumento y los veréis pararse, cambiado el fuego salvaje de sus ojos en mirada mansa y absorta, por el arcano poder de la música. Por eso el poeta contó que Orfeo arrastraba árboles y piedras y flujos; y nada hay tan refractorio y duro cuya natura no cambie la música. Si hay alguien que en sí no tenga sombra de música, ni le conmueva un acorde de sonidos suaves, ese está dispuesto a la traición, al fraude, al robo; son tenebrosos los reflejos de su alma cual la noche y negros como el Erebo; a tal hombre no se le da fe. Escuchad la música.

(W. Shakespeare. "El Mercader de Venecia" Acto V. escena primera).

LA HISTORIA DEL CINEFAGO

Capítulo I

Aquel chico sufría una terrible enfermedad, era adicto a las drogas. Su pertinente consumo le ayudaba a soportar con legítima cautela el diario sobrevivir. Los traficantes de sueños, los camellos, los pequeños delincuentes de la industria, cada vez le suministraban un género más adulterado, pasaba por mil manos, se iba encontrando cada vez menos puro. Nuestro viciosillo protagonista se paseaba la tarde de los sábados expectante, intranquilo, lleno de dudas, ¿Que harían con su síndrome de abstinencia?... Hacía una semana que no había tomado nada, ya no podía más. Acostumbrado a varias dosis diarias, a la facilidad de encontrar satisfacción a su gusto. Desde que lo habían desterrado a ese pueblo, no se recuperaba fácilmente. El toxicómano ha de tener el respaldo de la Administración, su tráfico es un bien cultural...

Su historia es la siguiente:

Empieza como casi todas, termina como alguna. Nada tiene de bello, ni de condenatorio, ni de edificante. Es como la de esos: los solitarios. No merece la pena. La gente quiere ver sangre y armas, cuando ocurre algo hay que alimentar el morbo subconsciente con tragedias cotidianas. Donde nunca ocurre nada, no existe la literatura. Aunque sea inmediato el escritor ha de inventar algo desagradable para ser tenido en cuenta. Imaginemos que era huérfano, criado por unos familiares por el compromiso de una posterior herencia. Desde muy pequeño se refugiaba en las butacas de los cines. El incómodo sillón llegó a ser su verdadero hogar. Allí, en la oscuridad de la sala aprendía todo: el amor, el odio, la delicadeza, la agresividad. El resto del día era un estado de latente espera, se dejaba llevar, todo el mundo disponía de su voluntad, los amigos, los profesores, los familiares, pero cuando llegaba a la taquilla, la joven de las pecas le sonreía y le daba su butaca. Aquella taquilla era la portada del libro. Siempre se ha dicho que las taquilleras son seres antipáticos, dictadores y volubles. En las grandes ciudades donde la demanda de localidades es mayor, ser amigo de una de ellas, o simplemente aumentar el precio de la plaza que se solicita puede ser el motivo de no tener una columna delante y gozar de una situación de privilegio frente a los demás espectadores. La joven de las pecas era su aliada, cuando terminaba de despachar se sentaba junto a él y compartían un paquete de palomitas. Enseguida empezó el amor, espontáneamente, con un leve roce, mientras veían "Escuela de secretarías". Aquella mujer fundió su vida en una copla, con su sangre regaron los campos que luego serían fértiles praderas.

Javier Marchante

FIN DE CAPÍTULO I (Continuará)